

¡SE LOS TRAGÓ LA TIERRA!

El misterio del no-muerto

Juan Fernández Bravo

¡SE LOS TRAGÓ LA TIERRA!

El misterio del no-muerto



Primera edición: octubre 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Juan Fernández Bravo

ISBN: 978-84-122598-2-7

ISBN digital: 978-84-122598-3-4

Depósito legal: M-25410-2020

Editorial Libros que no muerden

c/ Ros de Olano, 5

28002, Madrid

IG: @librosquenomuerden

editor@flandes-editorial.com

www.flandes-editorial.com

Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
Capítulo 1 El lado amargo de la vida.....	15
Capítulo 2 Problemas de conciencia.....	23
Capítulo 3 Zapatos y mochilas.....	31
Capítulo 4 Pesadilla en el cementerio.....	39
Capítulo 5 Espíritus de la noche.. muertos vivos.....	47
Capítulo 6 El enterrador.....	55
Capítulo 7 Una farmacia inquietante.....	65
Capítulo 8 El secreto estaba dentro del armario.....	75
Capítulo 9 Una entrevista con el doctor Flores.....	83
Capítulo 10 Ensayos clínicos.....	89
Capítulo 11 Un cadáver inesperado.....	97
Capítulo 12 La leyenda del Viejo de la navaja.....	105
Capítulo 13 Se los tragó la tierra.....	113
Capítulo 14 Consideraciones finales.....	123
Capítulo 15 Una conversación con Alexandra.....	129

PRÓLOGO

de José Ramón Ubieto, Psicólogo clínico y profesor colaborador en los Estudios de Psicología y Ciencias de la Educación de la Universitat Oberta de Catalunya y escritor del célebre libro sobre acoso escolar *Bullying: Una falsa salida para los adolescentes*.

Estimado lector/a, desconozco los motivos que te han llevado a leer este libro. ¿Quizás el autor, al que tal vez conozcas? ¿O quizás eres curioso de las cosas de ultratumba? En cualquier caso, puedo asegurarte que su lectura no te decepcionará, pasarás un buen rato, suspendido del desenlace de esta aventura infantil-juvenil.

Y, además, si tu sensibilidad e interés por las cosas de la vida te lleva más allá de la aventura, la lectura de este libro te ofrece otras posibilidades. Es un libro es-

crito por un profesor que tiene contacto día a día con adolescentes. Conoce sus intereses, sus buenos ratos, pero también algunas pesadillas que los asaltan de vez en cuando. Una de ellas es la de ser acosados por los compañeros y compañeras sin otro motivo que el de ser los chivos expiatorios de la clase. La novela nos habla de Marco, de Tomás o de Alexandra, todas víctimas de este acoso. Lo que tienen en común, entre ellos y con todos los demás alumnos y alumnas del colegio, es que todos se sienten acosados, incluidos por supuesto los acosadores. El sentimiento íntimo de «ser acosado» es el estado «natural» del adolescente que descubre, no sin pesar, que su cuerpo púber cambia y lo hace de manera brusca, sin que él o ella puedan controlar esa transformación.

De repente el cuerpo se excita, los órganos crecen, la imagen no siempre les gusta y cuando están con otros sienten que la mirada les recuerda esas «faltas». Además, y por si fuera poco, el lenguaje les falla, ya no pueden utilizar el que heredaron y aprendieron de la familia y la primaria. Ahora toca inventar uno nuevo para expresar, con autenticidad, lo que sienten. Un lenguaje provocador, que incluya palabras soeces y desafíos, y que además tienda más al farfulleo y los monosílabos que a

grandes discursos. Una lengua, en definitiva, que los distingua de su etapa infantil y les de una identidad propia.

El problema es que no saben exactamente qué quieren, se guían por los otros o por *influencers* que les sirven de modelo. Lo que sí saben mejor es lo que no quieren. Básicamente, no quieren ser unos *pringados*, esos que pasan desapercibidos o no cuentan para nadie porque son torpes, gordos, un poco autistas, *freaks*, en definitiva. No quieren ser eso porque lo identifican a un resto, algo que se arroja sin valor, sin ningún *like* o amigos donde reconocerse. O sea, lo que viene a ser un desecho a evacuar.

Es por eso que Marco es acusado permanentemente de ser un muerto, un mierda, arrojado a un contenedor. O Tomás, insultado y burlado por ser un gordinflón, alguien que ni de lejos mantiene los cánones estéticos que tocan. O Alexandra, rechazada por ser «una marimacho, una desgreñada», alguien que tampoco parece avenirse bien con lo que uno esperaría de una chica «femenina». No hay duda —visitos estos datos— que el acoso escolar es una nueva forma de puritanismo: se rechaza todo aquello que no coincide con la norma, y cuya sola presencia es ya una mancha en la pureza del grupo.

Ante esa exigencia de rendir al máximo y ser aceptado socialmente, surge el pánico de quedarse fuera, lo que llaman un *missing out*. Es por eso que todos colaboran en el acoso: el líder, los secuaces inmediatos y los testigos, a veces activamente (ayudan) y otras pasivamente.

CAPÍTULO I

EL LADO AMARGO DE LA VIDA

Víctor... ¡Presente! Beatriz... ¡Presente! David... ¡Presente! Silvia... ¡Presente! Marco... Preeeeee... sente. Las risas y las burlas inundaron el aula. Marco se puso rojo como un tomate. «Trágame tierra», pensó. El primer día de clase comenzaba torcido. Su acentuado nerviosismo le provocaba tartamudez, y la tartamudez le ocasionaba... exclusión social. Sus presuntos amigos se reían a escondidas y los demás no disimulaban lo más mínimo. El profesor acabó de pasar lista con indiferencia.

La autoestima de Marco yacía por el suelo. No podía confiar en nadie. Todos se burlaban de él. Ca-

minaba por la calle y sentía miradas acusatorias, intimidantes. Le producía temor salir de casa. Marco optaba por refugiarse en su mundo... en el cuarto de su casa, pero tenía que acudir a clase. Le costaba socializarse. Ese era el lado amargo de su vida.

Tomás apareció con el rostro congestionado. Tenía la cara enrojecida por el esfuerzo. Respiraba entrecortadamente. Su cuerpo rechoncho y cilíndrico se movía con dificultad. Siempre llegaba tarde. No podía controlar el tiempo. Era superior a su voluntad.

—Disculpa, Sara. He llegado tarde debido a...

Su amiga le interrumpió. No le importaban demasiado las numerosas excusas de Tomás. Era su mejor amigo. Podía perdonarle casi todo.

—¡Hola, Tomás! ¿Sabes qué se comenta?

—No —dijo Tomás con cara de sorpresa mientras recuperaba lentamente el ritmo respiratorio.

—Van a hacer un ritual en el cementerio.

—¿Qué? ¿Quiénes? —preguntó balbuceando Tomás.

—Hace tiempo que un grupo de nuestra clase va al cementerio a hacer botellón y...

—Seguro que es Santi y su grupo.

—Sí. Dicen que van a hacerlo.

—¡Será una broma! No lo creo. Les falta inteligencia. Hasta les cuesta atarse los cordones de los zapatos.

Una figura cruzó el parque donde se encontraban Sara y Tomás. Miraba nervioso hacia todos los lados con gesto nervioso, como si temiera algo. Caminaba deprisa.

—¡Es Marco! —susurró Tomás— Qué raro se comporta. En clase parece mudo. No se relaciona con nadie y en el patio está solo.

—Santi, Carlos y Chevi no paran de meterse con él. No es justo. No debemos ser crueles con los demás. Estos matones disfrutan humillando a los más débiles, a los que son diferentes. Alguien tendría que pararle los pies a esos matones.

Ese era un tema delicado que le tocaba la fibra sensible. Tomás había sido víctima de acoso escolar.

—¡Qué me lo digan a mí! El curso pasado me llamaban «ballena», «sebo de rana», «tocinillo». Además de darme empujones, tirarme la silla, amenazarme... Intenté no destacar, ser uno más, pero no lo conseguí. No soy popular.

—Yo tampoco soy popular, Tomás. No pasa nada. La vida no consiste en ser popular, sino en ser feliz.

—No me gusta jugar al fútbol, ni pelear con los demás. No hago la pelota a Santi y a sus matones. Soy feliz comiendo y leyendo.

—Eres más inteligente que ellos.

—El Universo no es justo

—... La vida tampoco, Tomás. La vida tampoco lo es.

Mientras hablaban, un anciano se había sentado cerca de ellos, al lado de un gigantesco pino. Nunca lo habían visto antes. Les llamó la atención como moldeaba y pulía un trozo de madera con una desproporcionada navaja. El anciano les hizo una señal para que se acercaran. Sara fue la primera en acudir a la llamada. Tenía curiosidad. Tomás la siguió con desgano. El viejo, casi desdentado, con un mentón prominente, delgado y con unas uñas extremadamente largas, ofrecía un aspecto inquietante... ¡Y esa enorme navaja entre sus manos!

—¡Hola, chicos! —saludó el Viejo de la navaja, observándolos detenidamente.

—¡Hola, señor! —contestó Sara, decidida a mantener la conversación con el anciano.

—¿Sabéis lo que ha ocurrido en el cementerio?

—Sí. Han hecho unas pintadas. Una auténtica gamberrada.

El Viejo de la navaja desvió la mirada, se tocó la cabeza y contestó adoptando un tono serio y grave:

—No se puede jugar con fuego. Hay fuerzas invisibles incontrolables. No se puede bromear con los muertos... con los espíritus de la noche.

Tomás miraba al anciano con cierta condescendencia. «La demencia senil le está pasando factura al viejo», pensó. Sara seguía interesada en ese fantasmagórico personaje surgido de la nada... con aquella descomunal navaja.

—¿Por qué no se puede bromear con los muertos? ¿A qué se refiere? —preguntó Sara.

El anciano dejó de mirarlos bajando la cabeza y fijó sus ojos en su tarea artesanal: pulir la madera.

—Esta noche va a llover. Habrá tormenta.

Tomás iba a comentarle al anciano que el servicio meteorológico había pronosticado buen tiempo y ausencia de nubes, pero Sara le tiró del brazo haciéndole ver que el anciano había dado por concluida la conversación.

El camino que conducía al cementerio del pueblo carecía de iluminación eléctrica y el arcén de la carretera había desaparecido por la dejadez del Ayuntamiento y la acción de la naturaleza. Tres siluetas se difuminaban en la distancia bajo una fina capa de niebla. Solo se percibían las luces de las linternas parpadeando débilmente. Llegaron al antiguo campamento que estaba rodeado por un muro de ladrillos y cemento en muy mal estado por el paso del tiempo.

Por encima del muro sobresalían unas oxidadas rejas acabadas en punta. Las tres siluetas entraron por la parte trasera del cementerio que estaba semiderruido.

El recinto no tenía grandes dimensiones. Una amplia avenida denominada «La muerte os sienta tan bien» conectaba la entrada principal con la parte trasera, donde se encontraban unos altos cipreses junto a unos arbustos espinosos mal cuidados.

Las tres figuras comenzaron a reír y gritar. Habían llegado a su objetivo: el rincón donde se encontraban los cipreses y los arbustos frondosos.

—¡Habéis visto a Marco... oooo! —dijo Santi con tono burlón.

—Es un cobarde y un tartamudo. Lo tiene todo —intervino Carlos—. ¡Tenemos que hacerle algo!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Tienes razón, Carlos! ¡Tenemos que hacerle algo! —repitió Chevi.

—Mañana nos ocuparemos de él —aseveró Santi mientras extraía de la mochila un spray de color rojo.

—¡Buena idea, Santi! —reiteró Chevi.

Santi escogió una lápida al azar y comenzó a rociarla con el spray. Carlos y Chevi no tardaron en imitarlo. Al terminar de manchar diversas lápidas comenzaron a sacar bebidas y tabaco, pero algo les inquietó de inmediato.

El primero en darse cuenta fue Chevi. Un sonido metálico intermitente y monocorde sobresaltó a los chicos y alteró el silencio sepulcral del cementerio.

—¡Escuchad! ¿Habéis oído eso?

—¡Un ruido! ¡Un ruido! —exclamó asustado Carlos.

—¡Allí! ¡Allí! —gritó Chevi con la cara pálida señalando hacia los arbustos— ¡Una sombra! ¡Los arbustos se han movido! ¡Los arbustos!

—Vámonos, idiota! —vociferó Santi—. ¡Está lloviendo mucho!

—Juraría que he visto a alguien —dijo Carlos con tono nervioso e inseguro.

—¡Vámonos! ¡Nos vamos a empapar!